

Érase una vez un extraño restaurante regentado por el Todopoderoso. Dios mandó llamar a un rabino para enseñarle el cielo y el infierno: “Te diré cómo es el infierno”, dijo el Señor mientras le acompañaba a una habitación en la que había una gran mesa redonda. En el centro de la mesa había una gran olla llena de comida, pero la gente sentada alrededor estaba hambrienta y desesperada. Los comensales sólo disponían de unas cucharas muy largas para poder comer y no estaban dispuestos a colaborar entre ellos para alcanzar los alimentos, lo cual hacía imposible alimentarse. El rabino pudo constatar como su sufrimiento era terrible. “Ahora te enseñaré el cielo”, dijo Dios, y fueron a otro comedor que reproducía exactamente la misma escena con una sustancial diferencia: las personas que estaban allí estaban carnosas y satisfechas porque habían aprendido a alimentarse las unas a las otras cogiendo las cucharas por turnos y colaborando mutuamente...

Esta fábula judía presenta el paraíso como un intercambio continuado mediante las relaciones que establecemos con nuestros semejantes. Una colaboración estable que sólo encontramos en la sociedad. El tormento más cruel que podemos imaginar es vivir al lado de otras personas sin establecer ningún tipo de relación.

Que el hombre es un animal que establece relaciones es algo que no discute nadie. Ni el mismo Aristóteles, que fue el primero en definir a los seres humanos como animales sociales por naturaleza: la imposibilidad de una educación sin socialización, la necesidad de afecto y contacto humano o la misma naturaleza gregaria de nuestra especie lleva a este sabio clásico a este convencimiento. Las personas, como miembros de la especie animal –como también constató el fundador del Liceo con sus amplios estudios naturalistas– necesitamos continuamente el contacto y la colaboración de los demás.

Todas las células provienen de otras células, no pueden nacer de otra forma. Nuestra interdependencia biológica es primaria y puede explicar también las ganas y la necesidad de vivir en colectivos. La existencia de todo organismo, por pequeño que sea, depende estrechamente de la vida de las otras células del tejido que conforman. La mayoría de los animales y plantas –salvo algunas arañas y peces– viven en asociaciones, manadas, pandillas, grupos, colonias o sociedades. Los hombres, como los gusanos o las hormigas, también tenemos una tendencia justificada a formar colectividades. Con muy pocas excepciones, ningún individuo evita el contacto con sus semejantes.

Los delfines heridos sobreviven gracias al apoyo de sus compañeros de viaje, que los ayudan a subir a la superficie del mar para poder respirar. Los lobos y los perros salvajes llevan carne a los miembros de las jaurías que no participan en las cacerías como una muestra de solidaridad elemental y biológica. Las focas se rascan la espalda las unas a las otras. Los animales sociales se avisan mutuamente en caso de peligro: cuando los halcones sobrevuelan a los mirlos, éstos emiten un chillido característico que alerta del peligro. Los monos se guían los unos a los otros hasta los árboles que tienen frutas...

---

<sup>1</sup> Capítulo extraído de Joseph Muñoz Redon, *El libro de las preguntas desconcertantes*, Paidós, Barcelona, 1999.

La gran estrategia de la vida social se hace más evidente en el caso de las hormigas durante los períodos de crisis: disputas territoriales y competencia por los alimentos. Las hormigas obreras entran en combate de una manera temeraria para proteger el nido ante el ataque de las avispa. Pueden actuar como verdaderos kamikazes de seis patas. Mientras la reina madre esté protegida y continúe poniendo huevos, la muerte de centenares de obreras no representa ningún problema. Las obreras de algunas especies llegan a abrir túneles bajo la superficie para conseguir acercarse a la humedad. Otras excavan galerías y cámaras que ventilen los habitáculos. Durante las emergencias, toda esta organización se activa. Cuando un nido se seca las obreras organizan "brigadas de cubos", pasando el agua de boca en boca, para recuperar la humedad perdida. Si los enemigos consiguen abrir una grieta en la defensa del nido, algunas obreras atacan mientras otras protegen las crías. Todo un modelo de organización que lleva a Hölldobler y Wilson, autores del apasionante *Viaje a las hormigas*, a afirmar que Marx se equivocó de especie al plantear su modelo de sociedad comunista.

La aparición de las hormigas y de otras formas de vida colonial entomológica data de hace cien millones de años. Los insectos sociales se hicieron dominantes hace unos cincuenta millones de años. Una cronología que supera cien veces nuestra vida conocida en el planeta y suscita algunos interrogantes: ¿cómo es que aún hay insectos solitarios? ¿Qué ventajas puede tener este tipo de vida frente al modelo de convivencia que hemos visto en las hormigas? Los científicos atribuyen a los insectos solitarios la capacidad de reproducirse rápidamente y una vida mas fácil frente a recursos limitados y efímeros. Los insectos solitarios son mejores pioneros: se mueven más rápidamente y descubren lugares mejores para descansar durante largas temporadas. En cambio, las colonias de hormigas son lentas, aunque una vez en movimiento es muy difícil paralar. Os propongo recordar ahora uno de estos casos de solitarios contumaces. La peripecia de un hombre que vivió en soledad durante veintiocho años teniendo que soportar el averno del aislamiento y también sus evidentes canojías.

Daniel Defoe no tuvo éxito hasta el final de su vida. En 1719, con sesenta años, escribe la obra que lo consagrará como un clásico de todos los tiempos, *Robinson Crusoe*. Una novela de aventuras que en pocos meses y en la Inglaterra de la época se vierte en un éxito editorial sin precedentes: vende ochenta mil ejemplares de un libro extraño que aparentemente explica la historia de un naufrago.

La novela se plantea como un reportaje literario sobre un hecho real. El recuerdo de Alexander Selkirk, un piloto escocés abandonado en una isla desierta del archipiélago Juan Fernández durante cuatro años. Hay que situar el origen de esta obra en la literatura popular de la época, como eran los libros de viajes y aventuras, aunque la novela de Defoe va mas allá de este contexto convirtiéndose en un verdadero mito moderno, en el sentido de historia fundamental que todo el mundo conoce pero de la que siempre se destilan lecciones nuevas.

Robinson se convierte en el arquetipo de la soledad contemporánea de todos los habitantes de las ciudades. De los que viven en cajas de vidrio y saben que la aventura más apasionante que les espera, pero también la mas difícil, es salvar la cerca que les separa del jardín de su vecino, como decía Chesterton, citado en la succulenta cena de fin de año de la película de Kenneth Branagh, *Los amigos de Peter*. Pero Robinson no es sólo víctima de la soledad, sino también su héroe. No se conforma con sobrevivir, sino que intenta gozar de la vida de la forma más confortable posible. Explora la isla y disfruta de los olores y las texturas del paraíso que ha descubierto azarosamente y que después añorará de una manera enfermiza. Al final descubre en soledad la importancia de la compañía, como nos pasa a muchos de nosotros cuando nos afecta esta epidemia contemporánea, ni que sea de soslayo. Con la llegada de Viernes, un salvaje, un negro, podrá volver a disfrutar del contacto humano. Primero le trata como un animal, como un bárbaro, como un esclavo. Pero después su sabiduría primaria le impactará hasta convertirse en su interlocutor natural. El personaje secundario que nos obliga a plantearnos, como quiere Michel

Tournier, la existencia de millones de fugitivos de la miseria que asaltan nuestro paraíso, el tuyo y el mío, querido lector, del consumo: argelinos, turcos, marroquíes, senegaleses, tunecinos... Una multitud de desheredados que invaden nuestras ciudades, sin techo, sin trabajo, sin voto, sin sindicatos, sin eco social... Que avanzan lentamente en soledad por las carreteras secundarias de media Europa.

Rousseau ya había intuido este estado de cosas al analizar cómo abandonamos el estado natural. Los seres humanos descubrimos la agricultura y la metalurgia. La división del trabajo se comienza a imponer. Pero sobre todo es con la aparición de la propiedad, según explica en uno de los textos más famosos de toda la historia de la filosofía, cuando la desigualdad se instaura en nuestras vidas paralelamente a la aparición de la sociedad: "El primer individuo al que, tras haber cercado un terreno, se le ocurrió decir '*Esto es mío*' y encontró a gentes lo bastante simples como para hacerle caso, fue el verdadero fundador de la Sociedad Civil. Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, cuántas miserias y horrores no le hubiera ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas o cegando el foso, hubiera gritado a sus semejantes: '*Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que las frutas a todos pertenecen y que la tierra no es de nadie...*'. Pero todo parece señalar que por entonces las cosas habían llegado ya al extremo de no poder aguantar tal y como se encontraban, pues esa idea de propiedad, dependiendo de las ideas anteriores que sólo pudieron nacer consecutivamente, no se formó de golpe en la mente humana: hubo que hacer muchos progresos, conseguir mucha industria y muchas luces, transmitirlas e incrementarlas generación tras generación antes de alcanzar este último término del estado natural".

Esta sociedad es profundamente injusta, lo sabemos, lo vemos continuamente, incluso algunos lo hemos padecido en propia carne: el fuerte oprime al débil y la desigualdad se enseñoorea por todas partes. El contrato social, el esquema teórico que justifica este abandono de la naturaleza y que se opone frontalmente al propuesto por Aristóteles, no nos puede ahorrar un estado perpetuo de guerra de todos contra todos. Un elemento que además permite establecer diferencias entre Rousseau y el resto de teóricos del contrato social.

En *Emilio*, Rousseau confirma una vez más este mismo planteamiento, esta vez en una obra con una decidida vocación pedagógica: "Todo es perfecto cuando sale de las manos de Dios, pero todo degenera en las manos del hombre". Para Rousseau, nada está tan claro en la educación de este prototípico joven europeo como que el primer libro que ha de leer es *Robinson Crusoe*: "Es la debilidad del hombre lo que le hace sociable; son nuestras comunes miserias las que inclinan nuestros corazones a la humanidad; si no fuésemos hombres, no le deberíamos nada. Todo apego es un signo de insuficiencia: si cada uno de nosotros no tuviese ninguna necesidad de los demás, ni siquiera pensaría en unirse a ellos. Así de nuestra misma deficiencia nace nuestra frágil dicha. Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario: sólo Dios goza de una felicidad absoluta; pero ¿quién de nosotros tiene idea de cosa semejante? Si alguien imperfecto pudiese bastarse a sí mismo, ¿de qué gozaría, según nosotros? Estaría solo, sería desdichado. Yo no concibo que quien no tiene necesidad de nada pueda amar algo; y no concibo que quien no ame nada pueda ser feliz", escribe en *Emilio*. Rousseau se interesa, ahora, por las peripecias del hombre solitario que vive en el paraíso terrenal y que quiere refundar la sociedad a partir de unos nuevos parámetros, aunque sea a través de su relación con Viernes. Incluso Dios, como afirma un antiguo mito hindú, creó a los hombres porque no soportaba estar solo.

El hombre es un animal que necesita las caricias, no puede vivir solo o no sabe vivir solo o no quiere vivir solo. Vemos como incluso Robinson Crusoe necesita la amistad de Viernes. "Sin él, no sólo me habría vuelto probablemente loco, sino que habría muerto, sin ninguna duda. Cualquier persona experimenta esta necesidad de ayuda de los demás de una forma muy drástica durante su infancia", escribe Erich Fromm. Hoy sabemos, por ejemplo, que los niños pequeños que no han podido disfrutar de un contacto físico emotivo durante un largo período de tiempo,

tienden a tener más enfermedades que los niños criados con contacto humano con personas próximas. Un grupo de psicólogos sociales demostró que los chimpancés preferían una madre artificial con el tacto suave y acogedor de la toalla que una madre metálica, por mucho que los alimentase.

Es un error ver la naturaleza únicamente como una lucha a vida o muerte en la que todos nos enfrentamos por la comida o la seguridad o la satisfacción sexual. Las mujeres y los hombres necesitamos algo más para justificar la convivencia que unas migajas de pan o una brizna de sexo. Quizá porque, al final, es verdad lo que escribió aquel poeta inglés del siglo XVII, John Donne, y que un famoso novelista norteamericano reprodujo en el encabezamiento de una de las obras más conocidas sobre nuestra última “guerra de todos contra todos”, la Guerra Civil: “Nadie es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva un pedazo de tierra, Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente, nunca preguntes por quién doblan las campanas, doblan por ti”.

Aunque es igualmente comprensible añorar a veces el rumor de las olas en una playa desierta, de una isla paradisíaca, perdida en medio de un océano inexplorado, como el mismo Robinson. Un sortilegio que engatusa de manera enfermiza nuestra imaginación y que, al menos en la versión de Michel Tournier, no consiguen romper ni los marineros que intentan alejar al náufrago protagonista de la aventura en su edén solitario.

*Respuesta breve: ¿Qué es la sociedad? Una isla repleta de náufragos.*

### **PARA CONTINUAR LEYENDO:**

Defoe, Daniel, *Robinson Crusoe*, Madrid, Alfaguara, 1998

Rousseau; Jean-Jacques, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Alianza, 1998